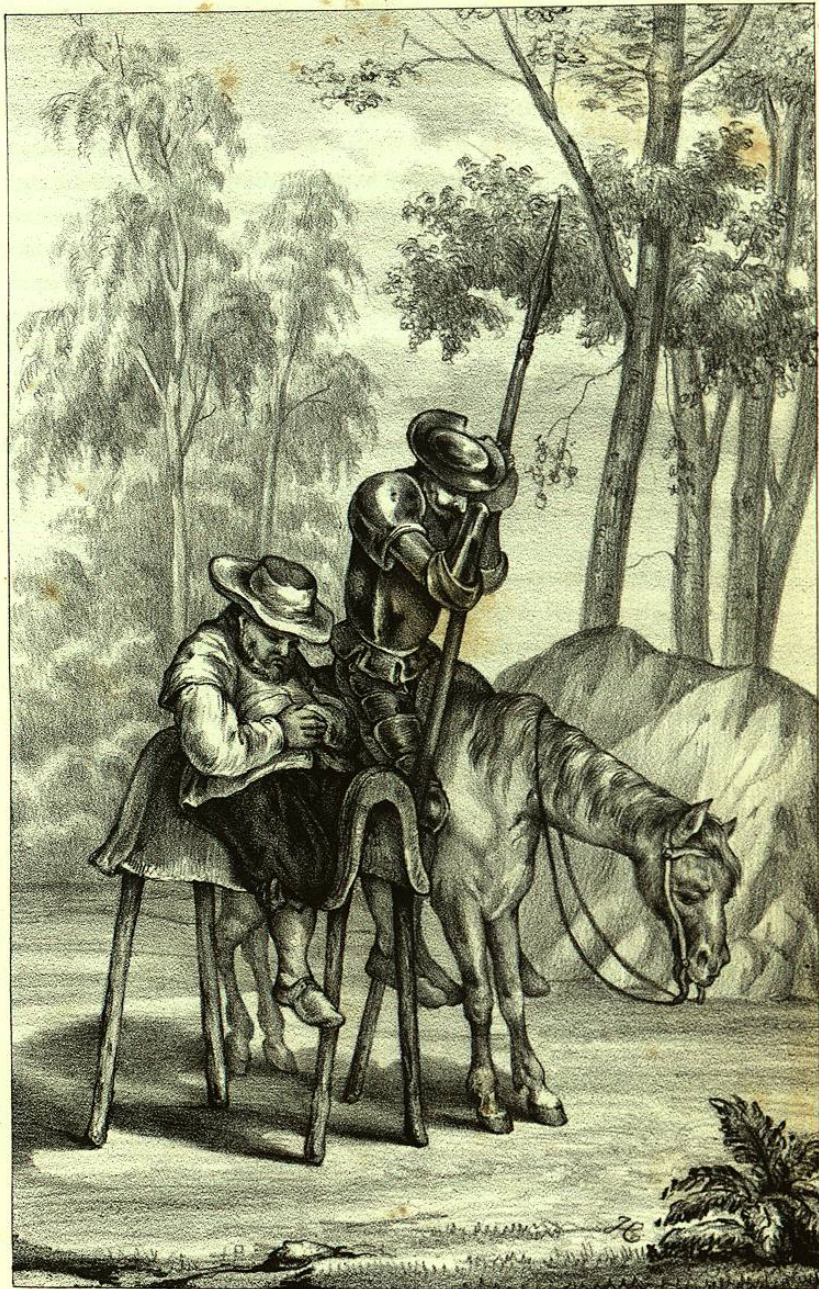




## CAPÍTULO IV.

Donde Sancho Panza satisface al Bachiller Sanson Carrasco de sus dudas y preguntas, con otros sucesos dignos de saberse y de contarse.

**V**OLVIÓ Sancho á casa de Don Quijote, y volviendo al pasado razonamiento, dijo:—A lo que el señor Sanson dijo, que se deseaba saber, quién, ó como, ó cuando se me hurtó el jumento, respondiéndome digo, que la noche mesma que huyendo de la Santa Hermandad nos entramos en Sierra Morena, despues de la aventura sin ventura de los galeotes y de la del difunto que llevaban á Segovia, mi señor y yo nos metimos entre una espesura, adonde mi señor arrimado á su lanza, y yo sobre mi rucio molidos y cansados de las pasadas refriegas, nos pusimos á dormir, como si fuera sobre cuatro colchones de pluma: especialmente yo dormí con tan pesado sueño, que quien quiera que fué, tuvo lugar de llegar y suspenderme sobre cuatro estacas que puso á los cuatro lados de la albarda, de manera que me dejó á caballo sobre ella, y me sacó debajo de mí al rucio sin que yo lo sintiese.—Eso es cosa fácil, y no acontecimiento nuevo, que lo mesmo le sucedió á Sacripante, cuando estando en el cerco de Albraca con esa mesma invencion le sacó el caballo de entre las piernas aquel famoso ladron llamado Brunelo.—Amaneció, prosiguió Sancho, y apenas me hube estremecido, cuando faltando las estacas, di conmigo en el suelo una gran caída, miré por el jumento, y no le ví: acudieronme lágrimas á los ojos, y hice una lamentacion, que si no la puso el autor de nuestra historia, puede hacer cuenta que no puso cosa buena. Al cabo de no sé cuantos dias, viniendo con la señora princesa Micomicona, conocí mi asno, y que venia sobre él en hábito de gitano aquel Gines de Pasamonte, aquel embustero y grandísimo maleador que quitamos mi señor y yo de la cadena.—No está en eso el yerro, replicó Sanson, sino en que antes de haber parecido el jumento, dice el autor, que iba á caballo Sancho en el mes-



mo rucio.—A eso, dijo Sancho, no sé que responder, sino que el historiador se engañó, ó ya sería descuido del impresor.—Así es sin duda, dijo Sanson; pero ¿qué se hicieron los cien escudos?—Deshiciéronse, respondió Sancho: yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi muger y de mis hijos, y ellos han sido causa de que mi muger lleve en paciencia los caminos y carreras que he andado sirviendo á mi señor Don Quijote: que si al cabo de tanto tiempo volviera sin blanca y sin el jumento á mi casa, negra ventura me esperaba: y si hay mas que saber de mí, aquí estoy, que responderé al mesmo Rey en persona, y nadie tiene para que meterse en si truje ó no truje, si gasté ó no gasté, que si los palos que me dieron en estos viages, se hubieran de pagar á dinero, aunque no se tasarán sino á cuatro maravedis cada uno, en otros cien escudos no habia para pagarme la mitad: y cada uno meta la mano en su pecho, y no se ponga á juzgar lo blanco por negro, y lo negro por blanco, que cada uno es como Dios le hizo y aun peor muchas veces.—Yo tendré cuidado, dijo Carrasco, de acusar al autor de la historia que si otra vez la imprimiere, no se le olvide esto que el buen Sancho ha dicho, que será realzarla un buen coto mas de lo que ella se está.—¿Hay otra cosa que enmendar en esa leyenda, señor Bachiller? preguntó Don Quijote.—Sí debe de haber, respondió él; pero ninguna debe de ser de la importancia de las ya referidas.—¿Y por ventura, dijo Don Quijote, promete el autor segunda parte?—Sí promete, respondió Sanson; pero dice que no ha hallado ni sabe quien la tiene, y así estamos en duda si saldrá ó no: y así por esto como porque algunos dicen, nunca segundas partes fueron buenas: y otros, de las cosas de Don Quijote bastan las escritas, se duda que no ha de haber segunda parte, aunque algunos, que son mas joviales que saturninos, dicen: Vengan mas Quijotadas, embista Don Quijote, y hable Sancho Panza, y sea lo que fuere, que con eso nos contentamos.—¿Y á qué se atiene el autor? dijo Don Quijote.—¿A qué? respondió Sanson: en hallando que halle la historia, que él va buscando con extraordinarias diligencias, la dará luego á la estampa, llevado mas del interes que de darla se le sigue, que de otra alabanza alguna.—A lo que dijo Sancho, ¿al dinero y al interes mira el autor? maravilla será que acierte, porque no hará sino harbar, harbar<sup>1</sup>, como sastre en vísperas de pascuas, y las obras que se hacen apriesa, nunca se acaban con la perfec-

<sup>1</sup> Significa (dice Covarrubias en su *Tesoro*) hacer la cosa muy de prisa, como harbar la plana el muchacho cuando escribe de prisa.

cion que requieren. Atienda ese señor Moro, ó lo que es, á mirar lo que hace, que yo y mi señor le daremos tanto ripio á la mano en materia de aventuras y de sucesos diferentes, que pueda componer no solo segunda parte, sino ciento. Debe de pensar el buen hombre sin duda, que nos dormimos aquí en las pajas, pues ténganos el pié al herrar, y verá del que cosqueamos: lo que yo sé decir, es, que si mi señor tomase mi consejo, ya habíamos de estar en esas campañas deshaciendo agravios y enderezando tuertos, como es uso y costumbre de los buenos andantes caballeros. No habia bien acabado de decir estas razones Sancho, cuando llegaron á sus oídos relinchos de Rocinante, los cuales relinchos tomó Don Quijote por felicísimo agüero, y determinó de hacer de allí á tres ó cuatro dias otra salida: y declarando su intento al Bachiller, le pidió consejo por qué parte comenzaria su jornada, el cual le respondió, que era su parecer que fuese al reino de Aragon, y á la ciudad de Zaragoza, adonde de allí á pocos dias se habian de hacer unas solemnísimas justas por la fiesta de San Jorge, en las cuales podria ganar fama sobre todos los caballeros aragoneses, que seria ganarla sobre todos los del mundo. Alabóle ser honradísima y valentísima su determinacion, y advirtióle que anduviése mas atentado en acometer los peligros, á causa que su vida no era suya, sino de todos aquellos que le habian de menester, para que los amparase y socorriese en sus desventuras.—Deso es lo que yo reniego, señor Sanson, dijo á este punto Sancho, que así acomete mi señor á cien hombres armados, como un muchacho goloso á media docena de badeas. Cuerpo del mundo, señor Bachiller: sí, que tiempos hay de acometer y tiempos de retirar, y no ha de ser todo Santiago y cierra España: y mas que yo he oido decir, y creo que á mi señor mesmo, si mal no me acuerdo, que en los extremos de cobarde y de temerario está el medio de la valentía: y si esto es así, no quiero que huya sin tener para qué, ni que acometa cuando la demasia pide otra cosa; pero sobre todo, aviso á mi señor, que si me ha de llevar consigo, ha de ser con condicion que él se lo ha de batallar todo, y que yo no he de estar obligado á otra cosa, que á mirar por su persona, en lo que tocare á su limpieza y á su regalo, que en esto yo le bailaré el agua delante; pero pensar que tengo de poner mano á la espada, aunque sea contra villanos malandrines de hacha y capellina, es pensar en lo escusado. Yo, señor Sanson, no pienso gran-

<sup>1</sup> Proverbio militar de que usaban los españoles al entrar en las batallas. Cerrar, embestir, acometer: quiere pues decir, acomete, ó España, en nombre de tu patron Santiago.

gear fama de valiente, sino del mejor y mas leal escudero que jamas sirvió á caballero andante: y si mi señor Don Quijote, obligado de mis muchos y buenos servicios, quisieré darme alguna ínsula de las muchas que su merced dice que se ha de topar por ahí, recibiré mucha merced en ello, y cuando no me la diere, nacido soy, y no ha de vivir el hombre en oto de otro, sino de Dios, y mas que tan bien, y aun quizá mejor me sabrá el pan desgobernado que siendo gobernador: ¿y sé yo por ventura, si en esos gobiernos me tiene aparejada el diablo alguna zancadilla, donde tropiece y caiga y me deshaga las muelas? Sancho nació, y Sancho pienso morir. Pero si con todo esto de buenas á buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo me deparase el cielo alguna ínsula ó otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase, que tambien se dice: cuando te dieren la vaquilla corre con la soguilla, y cuando viene el bien mételo en tu casa.—Vos, hermano Sancho, dijo Carrasco, habeis hablado como un catedrático; pero con todo eso confiad en Dios y en el señor Don Quijote, que os ha de dar un reino, no que una ínsula.—Tanto es lo demas como lo de menos, respondió Sancho, aunque sé decir al señor Carrasco, que no echara mi señor el reino que me diera en saco roto, que yo he tomado el pulso á mí mesmo, y me hallo con salud para regir reinos y gobernar ínsulas: y esto ya otras veces lo he dicho á mi señor.—Mirad, Sancho, dijo Sanson, que los oficios mudan las costumbres, y podria ser que viéndoo gobernador, no conociédeses á la madre que os parió.—Eso allá se ha de entender, respondió Sancho, con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de injundia de cristianos viejos, como yo los tengo: no, sino llegaos á mi condicion, que sabrá usar de desagradecimiento con alguno.—Dios lo haga, dijo Don Quijote, y ello dirá, cuando el gobierno venga, que ya me parece que le trayo entre los ojos. Dicho esto, rogó al Bachiller, que si era poeta, le hiciese merced de componerle unos versos, que tratasen de la despedida que pensaba hacer de su señora Dulcinea del Toboso, y que advirtiese, que en el principio de cada verso habia de poner una letra de su nombre, de manera que al fin de los versos juntando las primeras letras, se leyese Dulcinea del Toboso.—El Bachiller respondió, que puesto que él no era de los famosos poetas que habia en España, que decian que no eran sino tres y medio, que no dejaria de componer los tales metros, aunque hallaba una dificultad grande en su composicion, á causa que las letras que contenian el nombre eran diez y siete, y

tento.—Mirad, Sancho, replicó Teresa, despues que os hicistes miembro de caballero andante, hablais de tan rodeada manera, que no hay quien os entienda.—Basta que me entienda Dios, muger, respondió Sancho, que él es el entendedor de todas las cosas, y quédese esto aquí, y advertid, hermana, que os conviene tener cuenta estos tres dias con el rucio, de manera que esté para armas tomar: dobladle los piensos, requerid la albarda y las demas jarcias, porque no vamos á bodas, sino á rodear el mundo: y á tener dares y tomares con gigantes, con endriagos y con vestiglos, y á oír silbos, rugidos, bramidos y baladros, y aun todo esto fuera flores de cantueso, si no tuviéramos que entender con yangüeses y con moros encantados.—Bien creo yo, marido, replicó Teresa, que los escuderos andantes no comen el pan de valde, y así quedaré rogando á nuestro Señor os saque presto de tanta mala ventura.—Yo os digo, muger, respondió Sancho, que si no pensase antes de mucho tiempo verme gobernador de una insula, aquí me caería muerto.—Eso no, marido mio, dijo Teresa, viva la gallina aunque sea con su pepita: vivid vos, y llévese el diablo cuantos gobiernos hay en el mundo: sin gobierno salistes del vientre de vuestra madre, sin gobierno habeis vivido hasta ahora y sin gobierno os ireis, ó os llevarán á la sepultura, cuando Dios fuere servido: como esos hay en el mundo que viven sin gobierno, y no por eso dejan de vivir y de ser contados en el número de las gentes. La mejor salsa del mundo es la hambre, y como esta no falta á los pobres, siempre comen con gusto. Pero mirad, Sancho, si por ventura os viéredes con algun gobierno, no os olvideis de mí y de vuestros hijos. Advertid que Sanchico tiene ya quince años cabales, y es razon que vaya á la escuela, si es que su tío el Abad le ha de dejar hecho de la iglesia. Mirad tambien que Mari-Sancha vuestra hija no se morirá si la casamos, que me va dando barruntos, que desea tanto tener marido, como vos deseais veros con gobierno, y en fin, en fin, mejor parece la hija mal casada, que bien abarraganada.—A buena fe, respondió Sancho, que si Dios me llega á tener algo que de gobierno, que tengo de casar, muger mia, á Mari-Sancha tan altamente que no la alcancen, sino con llamarla señoría.—Eso no, Sancho, respondió Teresa: casadla con su igual, que es lo mas acertado, que si de los zuecos la sacais á chapines, y de saya parda de catorceño á verdugado y saboyanas de seda, y de una Marica y un tú, á una Doña tal y señoría, no se ha de hallar la mochacha, y á cada paso ha de caer en mil faltas, descubriendo la hilaza de su tela vasta y



grosera.—Calla, boba, dijo Sancho, que todo será usarlo dos ó tres años, que despues le vendrá el señorío, y la gravedad como de molde, y cuando no ¿qué importa? séase ella señoría y venga lo que viniere.—Medios, Sancho, con vuestro estado, respondió Teresa, no os queráis alzar á mayores, y advertid al refran que dice: Al hijo de tú vecino límpiale las narices, y métele en tu casa. Por cierto, que seria gentil cosa casar á nuestra María con un condazo ó con un caballero, que cuando se le antojase la pusiese como nueva, llamándola de villana, hija del destripa terrones y de la pela ruecas: no en mis dias, marido, para eso por cierto he criado yo á mi hija: traed vos dineros, Sancho, y el casarla dejadlo á mi cargo, que ahí está Lope Tocho, el hijo de Juan Tocho, mozo rollizo y sano, y que le conocemos, y sé que no mira de mal ojo á la mocha, y con este, que es nuestro igual, estará bien casada, y le tendremos siempre á nuestros ojos, y seremos todos unos, padres y hijos, nietos y yernos, y andará la paz y la bendicion de Dios entre todos nosotros, y no casármela vos ahora en esas cortes y en esos palacios grandes, adonde ni á ella la entiendan, ni ella se entienda.—Ven acá bestia, y muger de Barrabas, replicó Sancho, ¿por qué quieres tú ahora, sin qué ni para qué, estorbarme que no case á mi hija con quien me dé nietos, que se llamen señoría? Mira, Teresa, siempre he oido decir á mis mayores, que el que no sabe gozar de la ventura, cuando le viene, que no se debe quejar si se le pasa: y no seria bien, que ahora que está llamando á nuestra puerta se la cerremos: dejémonos llevar deste viento favorable que nos sopla. (Por este modo de hablar, y por lo que mas abajo dice Sancho, dijo el traductor desta historia que tenia por apócrifo este capítulo). ¿No te parece, animalia, prosiguió Sancho, que será bien dar con mi cuerpo en algun gobierno provechoso, que nos saque el pié del lodo, y casase á Mari-Sancha con quien yo quisiere, y verás como te llaman á tí Doña Teresa Panza, y te sientas en la iglesia sobre alcatifa, almohadas y arambeles, á pesar y despecho de las hidalgas del pueblo? No sino estaos siempre en un ser, sin crecer ni menguar, como figura de paramento: y en esto no hablemos mas, que Sanchica ha de ser condesa, aunque tú mas me digas.—¿Veis cuanto decís, marido? respondió Teresa, pues con todo eso temo, que este condado de mi hija ha de ser su perdicion: vos haced lo que quisiéredes, ora la hagais duquesa ó princesa; pero sé os decir que no será ello con voluntad ni consentimiento mio. Siempre, hermano, fui amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fun-

damentos: Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras, ni cortapisas, ni arrequives de Donas, ni donas: Cascajo se llamó mi padre, y á mí por ser vuestra muger me llaman Teresa Panza, que á buena razon me habian de llamar Teresa Cascajo; pero allá van Reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un Don encima, que pese tanto que no le pueda llevar, y no quiero dar que decir á los que me vieren andar vestida á lo condesil, ó á lo de gobernadora, que luego dirán: Mirad qué entonada va la pazpuerca: ayer no se hartaba de estirar de un copo de estopa, y iba á misa cubierta la cabeza con la falda de la saya en lugar de manto, y ya hoy va con verdugado, con broches y con entono, como si no la conociésemos. Si Dios me guarda mis siete ó mis cinco sentidos, ó los que tengo, no pienso dar ocasion de verme en tal aprieto: vos, hermano, idos á ser gobierno, ó insulo, y entonaos á vuestro gusto, que mi hija ni yo por el siglo de mi madre que no nos hemos de mudar un paso de nuestra aldea: la muger honrada la pierna quebrada y en casa, y la doncella honesta, el hacer algo es su fiesta: idos con vuestro Don Quijote á vuestras aventuras, y dejadnos á nosotras con nuestras malas venturas, que Dios nos las mejorará, como seamos buenas: y yo no sé por cierto quien le puso á él Don, que no tuvieron sus padres ni sus agüelos.—Ahora digo, replicó Sancho, que tienes algún familiar en ese cuerpo. — ¡Válate Dios la muger, y qué de cosas has ensartado unas en otras, sin tener piés ni cabeza! ¿Qué tiene que ver el Cascajo, los broches, los refranes y el entono con lo que yo digo? Ven acá, mentecata é ignorante (que así te puedo llamar, pues no entiendes mis razones, y vas huyendo de la dicha) si yo dijera, que mi hija se arrojara de una torre abajo, ó que se fuera por esos mundos, como se quiso ir la Infanta Doña Urraca, teneis razon de no venir con mi gusto; pero si en dos paletas, y en menos de un abrir y cerrar de ojos te la chanto un Don y una señoría á cuestras, y te la saco de los rastrojos, y te la pongo en toldo y en peana, y en un estrado de mas almohadas de velludo, que tuvieron moros en su linage los Almohadas de Marruecos, ¿por qué no has de consentir y querer lo que yo quiero?—¿Sabeis por qué, marido? respondió Teresa, por el refran que dice: Quien te cubre te descubre: por el pobre todos pasan los ojos como de corrida, y en el rico los detienen, y si el tal rico fué un tiempo pobre, allí es el murmurar y el maldecir, y el peor perseverar de los maldicientes, que los hay por esas calles á montones, como enjambres de abejas.

—Mira, Teresa, respondió Sancho, y escucha lo que agora quiero decirte, quizá no lo habrás oido en todos los dias de tu vida: y yo agora no hablo de mio, que todo lo que pienso decir son sentencias del padre predicador, que la cuaresma pasada predicó en este pueblo, el cual, si mal no me acuerdo, dijo que todas las cosas presentes, que los ojos están mirando, se presentan, están y asisten en nuestra memoria mucho mejor y con mas vehemencia que las cosas pasadas. (Todas estas razones que aquí va diciendo Sancho, son las segundas, por quien dice el tradutor que tiene por apócrifo este capítulo, que esceden á la capacidad de Sancho, el cual prosiguió diciendo). De donde nace que cuando vemos alguna persona bien aderesada y con ricos vestidos compuesta, y con pompa de criados, parece que por fuerza nos mueve y convida á que la tengamos respeto, puesto que la memoria en aquel instante nos represente alguna bajeza en que vimos á la tal persona, la cual ignominia ahora sea de pobreza ó de linage, como ya pasó, no es, y solo es lo que vemos presente: y si este á quien la fortuna sacó del borrador de su bajeza (que por estas mismas razones lo dejó el padre á la alteza de su prosperidad) fuere bien criado, liberal y cortes con todos, y no se pusiere en cuentos con aquellos que por antigüedad son nobles, ten por cierto, Teresa, que no habrá quien se acuerde de lo que fué, sino que reverencien lo que es, si no fueren los invidiosos, de quien ninguna próspera fortuna está segura.—Yo no os entiendo, marido, replicó Teresa, haced lo que quisiéredes, y no me quebreis mas la cabeza con vuestras arengas y retóricas; y si estais revuelto en hacer lo que decis. . . .—Resuelto has de decir, marido, dijo Sancho, y no revuelto.—No os pongais á disputar, marido, conmigo, respondió Teresa: yo hablo como Dios es servido, y no me meto en mas dibujos, y digo que si estais porfiando en tener gobierno, que lleveis con vos á vuestro hijo Sancho para que desde agora le enseñeis á tener gobierno, que bien es que los hijos hereden y aprendan los oficios de sus padres.—En teniendo gobierno, dijo Sancho, enviaré por él por la posta, y te enviaré dineros, que no me faltarán, pues nunca falta quien se los preste á los gobernadores cuando no los tienen; y vístele de modo que disimule lo que es, y parezca lo que ha de ser.—Enviad vos dinero, dijo Teresa, que yo os lo vestiré como un palmito.—En efeto, quedamos de acuerdo, dijo Sancho, de que ha de ser condesa nuestra hija.—El dia que yo la viere condesa, respondió Teresa, ese haré cuenta que la entierro; pero otra vez os digo que hagais lo que os diere

gusto, que con esta carga nacemos las mugeres de estar obedientes á sus maridos, aunque sean unos porros: y en esto comenzó á llorar tan de veras, como si ya viera muerta y enterrada á Sanchica. —Sancho la consoló diciéndole, que ya que la hubiese de hacer condesa, la haria todo lo mas tarde que ser pudiese. Con esto se acabó su plática, y Sancho volvió á ver á Don Quijote, para dar orden en su partida.



## CAPÍTULO VI.

De lo que le pasó á Don Quijote con su sobrina y con su ama, y es uno de los importantes capítulos de toda la historia.

**E**N tanto que Sancho Panza y su muger Teresa Cascajo pasaron la impertinente referida plática, no estaban ociosas la sobrina y el ama de Don Quijote, que por mil señales iban coligiendo que su tío y señor queria desgarrarse la vez tercera, y volver al ejercicio de su, para ellas, mal andante caballería. Procuraban por todas las vias posibles apartarle de tan mal pensamiento; pero todo era predicar en desierto y majar en hierro frio: con todo esto, entre otras muchas razones que con él pasaron, le dijo el ama:—En verdad, señor mio, que si vuesa merced no afirma el pié llano y se está quedo en su casa, y se deja de andar por los montes y por los valles, como ánima en pena, buscando esas que dicen que se llaman aventuras, á quien yo llamo desdichas, que me tengo de quejar en voz y en grito á Dios y al Rey, que ponga remedio en ello. A lo que respondió Don Quijote:—Ama, lo que Dios responderá á tus quejas, yo no lo sé, ni lo que ha de responder su Magestad tampoco, y solo sé, que si yo fuera Rey, me escusara de responder á tanta infinidad de memoriales impertinentes, como cada dia le dan, que uno de los mayores trabajos que los Reyes tienen, entre otros muchos, es el estar obligados á escuchar á todos, y á responder á todos, así no querría yo que cosas mías le diesen pesadumbre. A lo que dijo el ama:—Díganos, señor, ¿en la Corte de su Magestad no hay caballeros?—Sí, respondió Don Quijote, y muchos: y es razon que los haya para adorno de la grandeza de los Principes, y para ostencion de la Magestad Real.—¿Pues no seria vuesa merced, replicó ella, uno de los que á pié quedo sirviesen á su Rey y señor estándose en la Corte?—Mira, amiga, respondió Don Quijote, no todos los caballeros pueden ser cortesanos, ni todos los cortesanos pueden ni deben ser caballeros